



Textos cortos para tiempos cortos

GOBERNACIÓN DEL QUINDÍO

Carlos Eduardo Osorio Buriticá
Gobernador

James González Mata
Secretario de Cultura

Jorge Eduardo Urrea Giraldo
Director de Cultura

Catherine Rendón Galvis
Coordinadora Red Departamental de Bibliotecas

Armenia, noviembre de 2016

Todos los derechos reservados. Prohibida su venta.

I S B N: 978-958-58734-1-4.

Diseño gráfico: Lina Cocuy + Diego Garzón
Coordinadora de publicaciones: Catherine Rendón Galvis
Asesoría editorial: Carlos Alberto Castrillón + Ángel
Castaño Guzmán + Jhon Alexander Isaza Echeverry
+ Keren Marín González

El Espresso Literario

Es un festejo para nosotros que usted tenga en sus manos el primer libro de esta colección. *Espresso Literario* busca fomentar y ampliar la cobertura de la lectura, la circulación del libro en espacios no convencionales (plazas públicas, plazas de mercado, cárceles, hospitales, etc), difundir de una forma más urbana la escritura y contribuir con la participación ciudadana.

La colección desea unir el placer y el espíritu reflexivo de la literatura como si estuviera degustando un café: origen quindiano, con notas universales, que combina las lecturas urgentes con los tiempos cortos de una manera rápida, divertida y vivaz, disponible en cualquier lugar y accesible a cualquier persona para darle un nuevo sabor al pensamiento.

La Red departamental de Bibliotecas públicas del Quindío liderada por la Secretaría de cultura departamental lo invita a apreciar esta colección compartiendo la lectura con otras personas. Por favor, regálelo, dónelo, difúndalo. No se quede con este libro.

Instrucciones para leer el Espresso Literario

- Los libros de la campaña Espresso Literario están ubicados en las bibliotecas públicas del departamento, plazas de mercado, centros comerciales, hospitales, librerías y en casi cualquier lugar público. Principalmente están entre la gente.
- Si ve este libro en algún lugar o en manos de alguna persona puede tomarlo prestado y leerlo mientras camina, cuando esté en su casa o trabajo. Cualquier lugar es maravilloso para una lectura.
- Disfrute su lectura y póngase en otros zapatos.
- Cuide y preste los libros a sus amigos o conocidos. No se quede con él.
- Si tiene algún comentario, queja, duda, reclamo o aporte, por favor comunicarse al número telefónico 741 77 00E Ext. 329 o al correo electrónico:
espressoliterario@gmail.com

MIS PRIMERAS LETRAS

CONTENIDO

Leer a escondidas	15
David Betancourt	
Mi segunda naturaleza	21
Marco Tulio Aguilera	
Objetos mágicos	27
Carolina Andújar	
Elisa, mi Scheherezada	35
Jaime Manrique	
Una puerta que se abrió para mí	41
Andrés Mauricio Muñoz	
Detrás del papel	49
Lucía Donadío	
Para salvarnos	55
Fernando Araujo Vélez	
Al que madruga, dios le ayuna	63
Edson Velandia	
Los libros, mis mejores viejos amigos	69
Libaniel Marulanda	

Palabras que se convierten en historias	75
Susana Henao	
De la alegría de leer	83
Elkin Restrepo	
Uno de Günter Grass	89
Daniel Ferreira	
Mapa de ruta	97
Gabriela Alemán	

PRESENTACIÓN

Escribir es una forma más de recordar y leer es evocar. Escribir es resguardar los recuerdos propios o ajenos y leer es desempolvarlos.

Invitamos a trece escritores a narrar cómo llegó la lectura a sus vidas o cómo se adentraron en la lectura. Desde diferentes miradas, se han tomado el trabajo de recordarlo y cada texto que contiene este pequeño libro es una evocación, de cuando fueron niños o adolescentes y prefirieron, por cosas del azar, escuchar la música de las palabras leyéndolas en los libros que espiar a niñas desde las lomas o jugar fútbol, o quizá no decidieron dejar nada: simplemente los libros llegaron a sus vidas y no los abandonaron nunca más.

Cada recuerdo es diferente. Sin embargo, todos, sin importar cómo llegaron a leer,

terminaron enamorados de la lectura y la defienden como quizá otros defienden su música favorita o modas pasajeras o cuanta cosa se les viene a la vida y se aficianan a ella.

Lectores antes que escritores, defienden su amor a la lectura por ser una forma de alivio. Hubo quien, por un pretexto de dinero, se volvió lector y ahora escritor. Hubo quien, sin libros en la niñez, por azares de la amistad quedó anclado a la lectura.

Hubo quien, por huir del mundo adulto, abrió la ventana de la literatura y otro que se cautivó de la melodía de las palabras y siente la literatura como un concierto. Un libro le cambió el viaje a una lectora. A todos ellos, la lectura y la escritura se les ha vuelto el milagro de cada día como si hubiese un secreto para cada persona.

Los libros nos buscan o se encuentran. ¿Usted encontró este libro o este libro lo encontró a usted? Ojalá que ahora le cambie la vida. Ojalá este libro breve le permita ver que quienes acá escriben fueron como usted, como nosotros, que andamos por el mundo

buscando alguna pasión, algo que nos captive, que nos enrede la vida o nos la haga más fácil y divertida. Que sea esta lectura el inicio para descubrir alguna pasión, y qué mejor si está en los libros, en los recuerdos de otros o en los que serán nuestros libros, nuestros recuerdos.

Catherine Rendón Galvis

Coordinadora Red de Bibliotecas públicas del Quindío



LEEER A ESCONDIDAS

David Betancourt

Mi papá leía mucho y en la casa tenía una biblioteca con muchos libros. Yo le huía a la biblioteca porque no le veía gracia y mejor me iba a jugar fútbol o a tirar piedra o a perseguir niñas en las lomas de un barrio de Medellín que se llama Villa Hermosa. Un día mi papá me entregó un libro flaquito y me dijo que lo leyera y lo resumiera y que por eso me iba a dar plata. Yo agarré el libro de mala gana solo porque escuché de la boca de mi papá la palabra “plata”, pero no le paré bolas sino mucho tiempo después, cuando necesitaba un poquito de esa palabra para comprar cualquier cosa. Tal vez algo que había visto en televisión o a un amigo del barrio.

Leí el libro a la carrerita y en una sentada hice el resumen por hacer, a la guachapanda. Se lo entregué a mi papá y él me dio un billete que valía la pena. Yo me sentí útil y me puse muy feliz.

Un tiempo después mi papá me entregó otro libro. Y después otro. Y otro y otro y otro y me dejó escoger uno a mi gusto así no me gustara ninguno porque no me gustaba leer y otro y muchos y así pasaron años y años y yo seguía siendo niño y cuando pensaba que leyendo y resumiendo me iba a enriquecer me pasó eso. ¡Me envicié! No a la plata, de esa se envicia todo el mundo desde chiquito así no haya, sino a leer.

Cuando mi papá se dio cuenta de mi vicio me dejó de dar. Entonces yo me planté duro y me rebelé. “No leo más”, le dije. Y pensé decirle, además, que si me quitaba el trabajito me iba a ver todos los días haciendo bulla y daños por la casa y maldades y estragos en la calle. No le dije nada a ver si recapacitaba.

Lo que pasó después fue que no hubo más plata y yo, para que mi papá no pensara que yo no tenía palabra y que me contradecía, me las tuve que idear para leer a escondidas. Leí libros de temas que me interesaban y de esa manera fui llegando a escritores que me gustaban mucho y me leí todo lo de ellos y esos escritores y libros me llevaron a otros y a otros y ya sí leía lo que me gustaba, lo que me daba placer, lo que me divertía y dejé de tirar

pedras en el barrio y le mermé un poquito a los partidos de fútbol y ya no perseguía niñas por la cuadra sino que les leía y de un momento a otro me dieron ganas de escribir y escribí y veinte años después, hoy, no he podido parar de leer ni de escribir, aunque ya no me escondó.



David Betancourt

(Medellín). Reside en México. Cuentista, periodista y filólogo hispanista. Ha publicado los libros *Buenos muchachos*, *Yo no maté al perrito y otros cuentos de enemigos* y *Ataques de Risa*.



MI SEGUNDA NATURALEZA

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Para mí la lectura es casi una segunda naturaleza. No puedo vivir sin hacerlo. Al lado de mi cama hay libros en proceso de lectura. En mi carro hay uno o dos libros. En mi maletín siempre llevo un libro. En las filas en bancos y en cualquier trámite me acompaña un libro. Incluso en los semáforos aprovecho para leer una o dos líneas, lo que además de peligroso es, sin duda, casi un vicio. ¿Por qué leo? Supongo que leo porque ya conozco el mundo exterior -autos, gente, cháchara, noticias repetidas hasta el infinito, etc.- y busco habitar otros mundos. Supongo que porque me aburre el mundo, con sus infinitas repeticiones.

Mi inicio en la lectura estuvo acompañado por las primeras curiosidades juveniles con respecto al amor y al erotismo. Leí de manera

casi alucinada *Las mil y una noches* en su versión no censurada. Y eso me marcó. Después vinieron lecturas torrenciales de todo: Dostoievski, Hermann Hesse, Julio Verne, Balzac, Henry Miller, Tomas Mann... y el infinito. Fui un ratón de biblioteca.

A tal extremo llegó mi afición a la lectura, que hice un túnel bajo mi casa en San Isidro de El General y allí me escondía a leer. Leía, también, para escapar de las labores del hogar: lavar platos, hacer mandados, barrer. Bajo la casa de mi infancia acondicioné un refugio con un viejo colchón, mantas y almohada. La luz entraba por una grieta localizada justamente bajo las escaleras de entrada.

El momento más trágico de mi vida fue cuando mis hermanos descubrieron mi refugio y se acabó mi paraíso. Hoy, a mis más de sesenta años, sigo huyendo del mundo para poder leer en paz... y para escribir. Pues en eso desembocó mi afición: ya no sólo leo sino que escribo. A la fecha he escrito aproximadamente 35 libros y sumando todas

las ediciones de ellos calculo que debe haber circulado por el mundo casi medio millón de ejemplares.

Me parece que leer y escribir son dos de las actividades que proporcionan más felicidad, paz y, acaso, una especie de salvación anticipada. Si en el cielo no hay libros preferiría que esto que llamamos vida se acabara aquí.



Marco Tulio Aguilera Garramuño

(Bogotá) Reside en México. Escritor y docente universitario. Entre sus títulos memorables están *Cuentos para después de hacer el amor*, *Mujeres amadas* y *Los placeres perdidos*. A principios del 2002 aparecieron en México las novelas *La hermosa vida* y *La pequeña maestra de violín*, pertenecientes a la tetralogía *El libro de la vida*, cuyo primer volumen, ya publicado, se llama *Buenabestia / Las noches de Ventura*.

OBJETOS MÁGICOS

Carolina Andújar

Me acerqué a la literatura a través de la biblioteca familiar y el ejemplo de mi mamá, quien siempre estaba leyendo algún libro mientras yo crecía. Aunque aún no sabía leer, recuerdo la inmensa curiosidad que me causaban las historias que cautivaban su interés, esos objetos mágicos llamados libros capaces de abstraerla del mundo durante horas. Yo le preguntaba cuáles eran sus títulos y qué ocurría en su interior, y fantaseaba imaginando las historias que se desarrollaban en ellos a partir de sus nombres y las breves y vagas pistas que mi mamá me proporcionaba. Para cuando me enseñó a leer, lo cual hizo antes de que empezara yo a ir al colegio, había acumulado una avidez tal por la lectura que no podía dejar de leer lo que tuviese a mi alcance.

Aunque empecé leyendo cuentos de hadas, mis padres nunca me hicieron sentir que las lecturas dirigidas a un público adulto estaban fuera de mi alcance: podía tomar los libros, mirarlos, olerlos y hacer preguntas al respecto de su contenido. Por ende, todo lo impreso con lo que me relacionaba era mucho y muy variado gracias a la amplia colección de títulos que albergaba la biblioteca familiar. Al tanto que jugaba a descubrir lo que ocultaba cada libro, empecé a escribir todo lo que se me venía a la mente. Lo hacía a diario, cada vez que tenía un lápiz a mano. Dibujaba palabras, no siempre bien, pero siempre con emoción desbordada. Supongo que así fue como me hice escritora. Escribir, aunque fuese apenas una niña, era un acto al cual otorgaba un sentimiento de suma trascendencia, como si estuviese creando un vínculo entre mi interior y la infinitud; la misma puerta que descubría y abría al leer un cuento de hadas o la contracubierta de un libro grande y pesado. Aún me siento así cuando leo o escribo: infinita. Y es esto, precisamente, lo que nos depara a todos la literatura; la capacidad de

ser infinitos un instante o durante horas.

Debo destacar la inmensa importancia de los cuentos de hadas en mi formación lectora y, posteriormente, en mi carrera de escritora: estoy segura de que, gracias a los símbolos y arquetipos que estos contienen y exaltan, las compuertas de mi imaginación fueron abiertas de modo definitivo, brindándome las herramientas necesarias para crear mis propias historias, que nunca se alejan demasiado del modelo del cuento de hadas tradicional, el cual no siempre tiene un final feliz pero sí contiene todo el drama humano en un formato comprensible para todas las edades.

Los cuentos de hadas incrementaron la diversión que derivaba de mis juegos, cuyas tramas se hicieron más complejas conforme descubría nuevos libros: los juguetes encarnaban arquetipos que tomaba prestados, de modo espontáneo, de mis lecturas, y a mi vez, como hacen los niños a quienes se les permite leer y jugar sin censura, los empleaba para expandir mi comprensión de dichos modelos, llevándolos

así a vivir nuevas aventuras e iniciándome, sin saberlo, en el arte del desarrollo de diálogos entre personajes diversos.

No debemos pasar por alto, pues, la estrecha relación que hay entre el juego y la literatura: la segunda incrementa el potencial creativo de quien juega, y el primero permite que este lo desarrolle por sus propios medios. El teatro es, asimismo, un juego que el dramaturgo redacta para su exhibición posterior, y el niño que juega siempre es un dramaturgo empírico. Soy, pues, consciente del efecto incandescente que tuvieron tanto los cuentos como el juego en mi inclinación hacia la creación literaria: gracias a la combinación de ambos descubrí cuánto disfrutaba hilar mis propias historias y, más adelante, compartirlas con una audiencia, ya fuese por medio del teatro, un cuento breve o una novela. Mi primera lectura de una novela seria, como tal, revolucionó mi mundo: *Drácula*, de Bram Stoker, me marcó de tal modo que no he querido alejarme de los clásicos decimonónicos desde entonces. Son mi mayor influencia como escritora y

continúan siendo mi predilección como lectora. No debemos subestimar el impacto psíquico de las lecturas que realizamos de modo voluntario, por el purísimo placer de soñar despiertos: pueden modificar el curso de nuestras vidas.



Carolina Andújar

(Cali) Escritora. Ha publicado los libros *Vajda, príncipe inmortal*, *La princesa y el mago somnbrío*, *Vampyr*, *Pie de bruja* y *El despertar de la sirena*.



ELISA, MI SCHEHEREZADA

Jaime Manrique

No había libros en la casa donde crecí. Diría que mi primer acercamiento a la literatura data de las historias del folklor costeño que mi tía Aura Ardila me contaba en la niñez —la más famosa entre ellas era la irritante y absurda “historia” del gallo capón. Pero los primeros textos que leí a los seis años fueron las tiras cómicas -mi favorita era *Educando a papa-* que aparecían en los periódicos dominicales barranquilleros. Luego *Tarzán* fue la que más impactó mi imaginación pues me permitió entrar en un continente africano fantástico, con “personajes” como Chita, cuya amistad y compañía yo anhelaba.

La importancia de la tradición oral como parte de mi acercamiento a la literatura continuó con las historias que mi abuelo materno, José Ardila Puerta, nos contaba en

las noches de calor, murciélagos y mosquitos en El Banco, Magdalena (donde yo iba a vacacionar), de brujas y personajes con poderes sobrenaturales, que poblaban las leyendas de la región del Magdalena medio. Mi abuelo se jactaba de tener un pacto con el Diablo, y por eso podía deshacer los encantamientos de las brujas que intentaban atraparlo cuando se encontraba solo, de noche, en los caminos del campo. Aunque las historias de mi abuelo no me convencían del todo, sí me seducía el manejo de los elementos del suspenso y del terror.

En 1957, mi madre, mi hermana María Elisa y yo nos fuimos a vivir a Bogotá (justo antes de la caída del dictador Rojas Pinilla). Fue en el Washington School, cuando cursaba el segundo año de primaria, que la señorita Domínguez, nuestra maestra, nos contó un día la leyenda de El Dorado, y nos habló de los templos de oro donde los Chibchas adoraban al sol y a la luna. Nosotros vivíamos en la Calle 42 con la Carrera 8a, a una cuadra de la Universidad Javeriana. Decidí que el tesoro de El Dorado estaba enterrado en las

montañas detrás de la Universidad, y de ahí en adelante, por un par de años, encontrar El Dorado se convirtió en mi gran obsesión y todas las tardes después de salir del colegio, escalaba las montañas.

Elisa, una joven que trabajaba por esos años en nuestra casa y a quien yo adoraba (ella no había podido continuar sus estudios de bachillerato porque sus padres necesitaban su ayuda económica), en las noches nos narraba a mi hermana y a mí cuentos de *Las mil y una noches*. En la voz de Elisa, las historias que Scheherezada le contaba todas las noches al sultán para salvar su vida, me deslumbraron y despertaron en mí un deseo voraz de leer historias. Fue gracias a Elisa (cuyo apellido no recuerdo) que empecé a vivir -con más intensidad que en mi propia vida- en el mundo ficticio de los cuentos, las novelas y más tarde del cine.



Jaime Manrique

(Barranquilla) Escritor, poeta y periodista. Ha publicado *El libro de los muertos*, *poemas selectos*, *Maricones eminentes: Arenas, Lorca, Puig y Me*, *Los adoradores de la luna*, entre otras publicaciones

UNA PUERTA QUE SE ABRIÓ PARA MÍ

Andrés Mauricio Muñoz

Quiero referirme a mi llegada al mundo de los libros a través de una anécdota que he contado varias veces. Tiene que ver con el año de mi primer encuentro con Julio Cortázar, que fue para mí más que un referente; una luminiscencia, si se quiere, un dedo de luz que señalaba un camino. Acabábamos de entrar en la década de los ochenta. Entonces tenía seis años y era ya un lector voraz; un lector de lomos, claro, un niño cuya fascinación mayor residía en el hecho de entrar a la biblioteca de la casa para palpar los lomos de los libros e intentar leer el título y el nombre del autor en forma correcta. Hacía por lo menos un año papá me había enseñado a leer. Él es educador, así que no tenía por qué esperar a que en la escuela me enseñaran algo que él mismo podía hacer.

Mientras el escritor argentino cautivaba al mundo con su genialidad, yo seducía a mis profesores con evidencias de precocidad exageradas. Tal vez sea más atinado decir que eran falsas evidencias, pero gracias a esto en mi colegio me tomaban como un niño que leía a los clásicos; de literatura rusa, sobre todo, que eran los que me quedaban al alcance de la mano sin tener que poner el butaquito del que tantas veces me caí. *La guerra y la paz*, decía mi profesor, entonces yo decía León Tolstói; *El jugador*, continuaba entusiasmado mientras vigilaba la reacción de un par de profesores que había llamado para que presenciaran esa suerte de rareza de seis años, a lo que yo contestaba con solemnidad Fiódor Dostoyevski; *La perla*, John Steinbeck; *Siddhartha*, Herman Hesse; *La divina comedia*, Dante Alighieri. Así hasta que el profesor consideraba culminado el ejercicio, mirando complacido a sus colegas mientras ponía una mano sobre mi cabeza.

Nunca le conté esto a papá. De alguna manera algo en mi lógica de niño me permitía inferir que lo que hacía estaba mal; quiero

decir que, de alguna manera, me sentía un impostor. Pero lo disfrutaba como mi mayor orgullo. Entonces me aplicaba en las tardes a repasar más lomos. Movía mi butaquito para recorrer la biblioteca en toda su extensión, con genuina disposición para lo táctil; sin embargo, había una hilera de libros que siempre escapaba de mis posibilidades. Eran libros pequeños que estaban en lo más alto. Parecían todos de una misma colección. Por más que aguzaba mi mirada no conseguía leer los lomos. Mucho menos palparlos. Llegar hasta ellos solo podía conseguirlo si trepaba por el escaparate; pero claro, solo tenía seis años y como el carácter se insinúa desde muy temprano, era ya un hombre temeroso. Al otro día en el colegio mi profesor me sometía a sus ya acostumbradas pruebas literarias de las que solía salir airoso. Pero una mañana de esas todo se vendría abajo, aquel envanecimiento de un niño que creía conocer la vastedad de la literatura universal se diluiría. *Rayuela*, dijo el profesor, a lo que yo no supe qué decir; entonces alcé los hombros con cierta displicencia. Es argentino, escribe

cuentos, sobre todo, continuó, en espera de mi respuesta. *El coronel no tiene quien le escriba*, dijo mientras ladeaba un poco la cabeza y enarcaba las cejas con picardía desmesurada. Sentí cómo mi cara comenzaba a calentarse. *La ciudad y los perros*, intentó, con una suerte de escepticismo que albergaba sin embargo una remota esperanza. Me quedé mirándolo, con unos ojos impotentes que suplicaban un poco de indulgencia. Para el profesor, de alguna manera, fue también como si todos los libros de la biblioteca de papá se le hubiesen desplomado encima. Ahí había terminado todo. El profesor ensayó un gesto tolerante pero era evidente que algo en él aún se aferraba al desencanto. Ese, el primer golpe bajo que me daba la vida, fue mi primer encuentro con Cortázar, con la literatura latinoamericana.

Cortázar, se llama Julio Cortázar, dijo papá, cuando le pregunté quién había escrito *Rayuela*. Me llevó a la biblioteca y me mostró la hilera de libros que mi temor a una caída estrepitosa me había impedido alcanzar. Todo lo que está allá arriba, dijo, son

escritores nuestros; el resto, continuó, son de otras partes que quedan muy lejos, además ya están muertos. Los de arriba están vivos. La explicación de papá me quedó latiendo en la cabeza durante todo el día. Entonces era muy niño para comprender cuestiones tan trascendentales; sin embargo, traté de descifrar a qué se refería con escritores nuestros y me hice un ocho la cabeza tratando de entender por qué nuestra biblioteca rebosaba atiborrada con libros de escritores muertos. Fue así como se abrió aquella puerta por la que decidí entrar para no salir nunca. De la convicción de papá, del fervor con que leía, de la meticulosidad con que organizaba su biblioteca, de aquella coraza de virtudes que suponían para él los libros y que lo blindaban de los agobios de la vida, fue surgiendo en mí una certeza vital que me ha acompañado y me acompañará por siempre.



Andrés Mauricio Muñoz

(Popayán) Autor de la novela breve *Te recordé ayer Raquel*. Entre otros concursos, ganó en 2006 el Concurso Nacional de Cuento de la revista Libros y Letras con *Una tarde en París*. Ha publicado *Un lugar para que rece Adela* y su novela *El último Don Juan*.

DETRÁS DEL PAPEL

Lucía Donadío

Desde niña he sumergido mis ojos en la lectura y celebrado las voces, los rostros y los infinitos mundos que habitan en los libros. Aprendí a leer muy pronto. Leía en los libros y también en el mundo que me rodeaba. Me gustaba aislarme de los “grandes” para mirar con libertad y sin interrupciones. Me escondía debajo de la mesa del comedor cuando había invitados e imaginaba los rostros e historias que se contaban.

El enorme jardín de mi casa de infancia fue mi primera gran lectura. Era un jardín donde había árboles de mango, acacia, majagua, araucaria, café, caña de azúcar, limón, platanillos y crotos de muchos colores. Me sentaba por horas a contemplar las nervaduras de una hoja, o la perfecta simetría de una rosa. En el asombro y en el miedo que esa casa demasiado grande despertaba en mí está el amor por la lectura y escritura que me

ha acompañado siempre. Amaba las palabras, el sonido vigoroso de las combinaciones de las letras, y los cuadernos de escritura distintos a los del colegio, donde anotaba mis pequeños sueños y pegaba láminas e ilustraciones. Los cuadernos de geografía y español eran mis preferidos. Dos mundos se juntaban: la tierra y las palabras. Dos fronteras se unían cuando lograba pintar el mapa de Colombia con sus “accidentes geográficos” y sus límites y el ancho océano Atlántico que me llevaba de regreso a la tierra de mis ancestros. Dos idiomas me buscaban entre los balbuceos de esos primeros años de vida, cuando el universo es todavía misterio infinito.

Recuerdo los cuentos infantiles de color amarillo y formato pequeño que venían en las piñatas. Me lanzaba sobre ellos queriendo tenerlos todos, sin importarme chocolates ni juguetes. Entre los libros preferidos estaba *Corazón* de Edmundo de Amicis. Lo leí y releí unas cincuenta veces, hasta aprendérmelo casi de memoria.

Patria y luz habitaban en esas páginas de los cuadernos que fueron tornándose las

siempre abiertas para la escritura. Páginas que eran hermanas de las páginas de los libros que leía y atesoraba: extenso continente escondido en las gavetas de mi armario. Los libros se volvieron la patria más certera y amada. En ellos era ciudadana de otros mundos. Recorría un territorio que apaciguaba mi sed de arraigo. Los libros me enseñaron que solo hay puertos, que vamos de uno a otro, que la patria es una orilla para escuchar el oleaje de otros mundos.

Leyendo y escribiendo crucé las fronteras más temidas: las oficinas de aduana, las calles donde los policías requisan con ojos sospechosos, las barricadas de los guardias suizos que no dejan acercarse al papa, las películas de Roma antigua con su guardia pretoriana, el salón de clases y el comedor con las miradas inquisidoras de monjas y maestros. Con el oficio de mis ojos y mis manos los confines del reino de las palabras se abrieron, y con ellos la imaginación y la paciencia de la lectura y la escritura.

Hoy mi mesa de trabajo está llena de papeles, libros subrayados, cuadernos para los talleres, para las clases, para la escritura y

libretas de apuntes. Hay lápices, estilógrafos, marcadores y separadores. En la pared blanca cuelgan las fotos de mis familiares más amados. Algunos libros de poemas al fondo, en hilera, con sus lomos invitando a abrirlos, acomodados en un desorden natural. La poesía es dulce compañera del deseo de escribir. Leer poesía durante el día, como quien toma café para animar el alma, es un buen hábito. Tenerla siempre cerca es necesario. Nos lleva a otro lenguaje, más allá de las palabras, más allá del mundo conocido. En la poesía está la esencia de la vida.

Cerca de la mesa están las estanterías con los libros. En un rincón los diccionarios, apilados unos encima de otros: los de sinónimos y antónimos, los de uso, los ajados por el tiempo, los ilustrados, los que llevan palabras resaltadas que descubrimos un día por azar y amamos para siempre. El orden que uno intenta crear para los libros es siempre un hermoso desorden. Allí están las huellas de los libros que hemos recorrido. Y en ellos nuestra alma y la de tantos otros seres. En el silencio de la lectura abrazamos el universo entero.



Lucía Donadío

(Cúcuta) Antropóloga y escritora. Es directora de *Sílaba Editores*. Ha publicado los libros: *Sol de estremadelio*, *Alfabeto de infancia* y *Cambio de puesto*. Cuentos y poemas suyos han sido publicados en revistas y periódicos.



PARA SALVARNOS

Fernando Araujo Vélez

Escribir para plasmar lo que vivimos, para ponerle un sello a un momento y decir esto fue lo que ocurrió, y esto fue lo que sentí y lo que pensé mientras ocurría, y antes y después. Leerlo con el tiempo, ojalá en páginas impresas, pero si no, no importa. Leerlo en un papel cualquiera y en tinta o a lápiz. Lo que cuenta es poderlo leer, y perdernos en cada frase, sumergirnos en las palabras y entre las palabras y en los silencios, porque la lectura nos llevará a escribir y viceversa, y de una forma u otra allí, entre esas letras, podremos ser quienes queramos. Invencibles, eternos, tristes, humildes, anhelantes de paz y reconciliación, o infinitamente pacíficos. Escribir para entender lo que hicimos y lo que no y por qué fuimos incapaces de hacerlo. Leer para luego,

con los días, constatar cuánto cambiamos y cómo fuimos transformándonos, y comprender que nuestras decisiones, ni buenas ni malas, fueron el producto de un sinfín de circunstancias que se dieron en ese instante.

Escribir y leer y comprender para no juzgar. Escribir siempre, todos los días, porque la memoria es frágil y suele acomodarse, porque lo que nos dicen los demás sobre nuestros comportamientos es sólo su recuerdo y, tal vez, su interpretación, pero sólo nosotros sabemos lo que aconteció y las razones y las sinrazones. Sólo nosotros podremos explicar qué nos llevó a ese beso robado, a ese adiós intempestivo, a una renuncia o a una traición, y sólo con nuestras palabras podremos desentrañar los porqués de los porqués. Leer cada vez que podamos, desde los best sellers criticados, desechados y burlados por los puristas, hasta los escritores de los que se ufanan de leer los escritores, porque cada libro nos llevará a otro libro, y ese otro libro, a uno más, en una interminable galería de puertas y ventanas que se abren

para que pasemos por ellas. Pasaremos por un montón de títulos, *Crimen y castigo*, *Así habló Zaratustra*, *Bartleby, el escribiente*, *El guardián entre el centeno*, *Carta de una desconocida*, y de los títulos se desprenderán decenas de hombres y de mujeres y de niños y de frases.

Leer y escribir para concluir que una frase nos puede salvar, que por ella podemos ser un todo en cada cosa, porque las frases nos rasgan, nos hacen desdoblarnos, para terminar por ser ladrones de frases y por entender que las frases son de quien las dice o las escribe, pero también de quien las vive, o que son más de quien las vive que de quien las escribe. Escribir y leer para imitar a Pessoa, por ejemplo, y creer ser Pessoa por unos segundos. Y ser Pessoa y todos los escritores y todos los lectores al mismo tiempo, y preguntarnos por qué la palabra escrita de un hombre muerto está imbuida de verdad. Escribir a las dos, tres o cuatro de la mañana, porque ese proyecto que nos salva del hastío, de la náusea, del olvido y la indiferencia requiere nuestro sacrificio, nuestro

cansancio también, nuestras pulsiones y nuestro insomnio. De que el primer paso sea un segundo paso, y luego esos pasos sean miles de pasos que nos lleven a una caminata sin fin, porque en el escribir no hay un fin, sino una infinita sucesión de puntos finales, y no hay más inspiración que la magia que nosotros mismos producimos escribiendo.

Leer escribiendo y escribir leyendo, porque los libros no se acaban cuando terminan. Nos los apropiamos, sí. Los aprehendemos. Nos encontramos y nos desencontramos en ellos y por momentos llegamos a creer que algún día podremos conocer a alguien como lo llegamos a conocer en algún pasaje de Crimen y castigo, por ejemplo. Cada párrafo es un poco de nuestra vida, por eso es único e irrepetible. Cada palabra es la manifestación de lo que hemos vivido, porque en ella están nuestra infancia y nuestro barrio, nuestros dolores y alegrías, nuestros amores y desamores, nuestras angustias y celebraciones. Escribir y leer, siempre, porque una sola palabra tendrá miles de significados según pasan el tiempo y

nuestra vida. La paz, la reconciliación, la memoria, el perdón y sus antónimos, ayer, eran distintos de lo que son hoy y de lo que serán mañana, pero eso sólo lo podremos comprobar si alguien las escribió, y si luego alguien las lee.



Fernando Araujo Vélez

(Cartagena) Periodista y escritor. Actualmente es el editor de cultura y de la edición de los festivos en *El Espectador*. Ha publicado los libros *Máxima pena*, *El fútbol detrás del fútbol*, *Del domingo al vacío*, *No era fútbol era fraude* y por último *Y por favor, miénteme*.

AL QUE MADRUGA, DIOS LE AYUNA

Edson Velandia

A mi papá, que no sabe lo que hizo.

Recuerdo los edificios de novelas de vaqueros que tenía mi papá en la casa. Eran cientos de esas novelas de formato corto, con portadas ilustradas a todo color, muy bellas. Eran libros de unas cien páginas, editados en hojas de papel periódico. Me acuerdo todavía del olor de ese tumulto de libritos. Pa cualquier niño sería alucinante caminar entre esos libros, eran otros juguetes, pero más especiales que los propios, porque el único que podía divertirse con ellos era el que supiera leer. Mi papá era un gran lector cuando joven, leía además la poesía de Pedro Calderón de la Barca y de Sor Juana Inés de la Cruz, y leía revistas de misterios científicos del estilo *Muy interesante*. Mi viejo fue campesino y vaquero en los llanos orientales

de Colombia, tal vez por eso le gustaban las novelas de vaqueros, pero además era y es un amante del poema llanero, especialmente de los poemas de Rafael Martínez Arteaga. Mi viejo declama esos poemas con pasión. Cuando éramos niños solía leer también en voz alta los libros de poesía que tenía siempre al lado del televisor. Recuerdo que eran unos libros rojos de páginas amarillas.

Mi viejo nunca intentó contagiarnos ese amor por la lectura, simplemente leía en silencio o en voz alta por placer. Por supuesto disfrutaba que lo escucháramos.

Mi padre también escribía mucho. Ya no escribe tanto. Pero en aquellos años de mi infancia, era libretista de radio, se inventaba programas de humor dramatizados y los grababa y transmitía en varias emisoras: Radio Reloj, Caracol, Radio Melodía. A las cuatro de la mañana sagradamente se levantaba todos los días a teclear su máquina de escribir. A mí me despertaba ese sonido hermoso de la escritura y el olor a café. Otras veces me levantaba la música llanera que

ponía en el toca discos. Yo bajaba a verlo siempre, así fue que se me quedó el hábito de levantarme a la madrugada. Apenas bajaba al primer piso veía al viejo envuelto en una nube de humo. Era la época en que a nadie se le había ocurrido que fumar dentro de las casas era irrespetuoso. Mi papá me mostraba lo que estaba escribiendo, me lo leía, y me decía cuál papel me tocaba a mí. Luego íbamos a la emisora y grabábamos esos libretos con otros actores, entre los que estaba José Ordóñez Junior, que fue vecino nuestro toda la vida. Su padre y el mío fueron además compañeros de trabajo en un taller de latonería y pintura. Esos dos viejos, muchachos cuando eso, eran muy bravos pa inventar retahílas cómicas y por eso se les dio por concursar en la sección de Los cuenta chistes del programa Sábados felices de Alfonso Lizarazo. No solo concursaron un montón de veces, sino que se ganaron sus mejores billetes allá. Y Ordoñez Junior... ese muchachito era muy precoz en el humor, era un payaso virtuoso. Esa fue mi escuela de lectura, así le tomé tanto amor a las letras, a la composición de textos, a la

creatividad, al humor. Así fue que empecé a leer literatura caliente como pan fresco, así, jugando, participando, no haciendo tareas, porque además mi papá me dejaba opinar sobre los libretos y sobre las retahilas que llevaba a la televisión, y tenía en cuenta mis aportes. Muchas veces incluía mis ideas, mis frases. El viejo mío era como un niño que se estaba divirtiendo sin ningún objetivo más que reírse y hacer reír, y yo era el otro niño con el que jugaba. Mi viejo me ha enseñado el valor de lo inútil, el placer de vivir sin propósitos diferentes a hacer y a des hacer ahora mismo, a celebrar todo el tiempo a través de la creatividad. Eso es lo que yo he leído siempre en él. A quien más he leído en la vida no es a Cervantes, es a mi cucho: Germán Velandia, “El flaco”.



Edson Velandia

(Piedecuesta) Músico y compositor. Líder de la banda *Velandia y la tigre*. Ha publicado el libro *Rasqa* y grabado los discos *Once rasqas*, *Superzencillo*, *Oh, Porno!*, *Egipto: reqien rasqa pa cielito*, *La Lengua del León* y *El Karateca*.



LOS LIBROS, MIS MEJORES VIEJOS AMIGOS

Libaniel Marulanda

Aunque uno de mis primeros compañeros de papel fue la antiquísima cartilla *La Alegría de Leer*, en el colegio de doña Blanca Rojas de Duque de Calarcá, tardé tres años más en ser presentado a dos de mis mejores viejos amigos. Trasteados para Armenia, estudiaba tercer año de primaria en el Colegio Nuevo Gimnasio y gracias a doña Carlota Arroyave, ante el tablero y tiza en mano ya lidiábamos el análisis gramatical, una experiencia definitiva. La fecha señalada fue un mediodía del primero de septiembre de 1956, sesenta años atrás. Esa jornada memorable trajo consigo dos acontecimientos vitales: era mi noveno cumpleaños y el día de la primera comunión. Como suele suceder en nuestro país, y presumo que en otros, las familias pobres como la nuestra empleaban todos sus

menguados recursos y capacidad de endeudamiento en hacerle una fiesta al pipiolo que recibía a Cristo comprimido en la sagrada forma.

Don Saúl Parra Robledo, el invitado más importante al jolgorio llegó con tres regalos, de los cuales sobrevive el de mayor peso y volumen: un escritorio metálico de tres gavetas. Los otros dos, consumidos por el deterioro natural y los trasteos son eternos por su contenido. Uno, *Cuentos Nórdicos*; otro: *Cuentos de la Mitología Griega*. Ese día, Don Saúl Parra puso buena parte del mundo al alcance de mi apetito de lector debutante. Sentado en el vano de la puerta, entre la cocina y el patio de tierra en aquella casa del barrio San José, mientras la tribu de mis primos y vecinos jugaba afuera, recorrí durante días y horas las gélidas distancias, montado en un trineo junto a Lapón Laponcito, uno de los personajes, en medio de un concierto de ladridos nórdicos, tiritando de frío, descubriendo los abetos, las castañas asadas, deslumbrado, absorto y feliz ante la aurora boreal.

El otro libro, me presentó ante Perseo, Teseo, Jasón, Los Argonautas... también me hizo espantar ante el minotauro y la sierra de Procrustes. La memoria no alcanza para precisar cuántos días ni cuántas veces leí aquel par de libros. En todo caso, la lectura comenzó a desplazar incluso muchas de las obligaciones escolares y buena parte de la diversión colectiva con mis amigos del barrio. Y aquí es preciso escribir sobre la paternidad cultural que ejerció don Saúl Parra, un personaje singular de la historia de Armenia, que además fue en realidad el padre que por fortuna sustituyó aquel que nunca quiso serlo. Los regalos literarios comenzaron a sucederse con la rapidez deseada: llegaron entonces las novelas de Julio Verne, de Emilio Salgari, y cuando cumplí los doce, un significativo ejemplar del autor que me abrió la puerta de la cuestión social: Charles Dickens y *Los cuentos de Boz*.

Coincidiendo con los primeros apremios hormonales, descubrí el sitio donde mi mamá escondía los libros sometidos a censura, también regalados por nuestro personaje. Así

que me devoré a escondidas *La Romana*, de Alberto Moravia y me prendé del *Romancero gitano* de García Lorca, ante la visión de su carátula con una mujer en pelota; de ahí que el *Romance de la casada infiel* entrara con celeridad a la memoria imborrable de poemas recitables. Vivía el año previo a la entrada al temido bachillerato y a toda la muchachada nos seducía la lectura de las historietas que florecieron en la mitad del siglo pasado: El pato Donald y sus amigos, Superman, El llanero solitario y Santo el enmascarado de plata. Existían locales bien abastecidos donde se alquilaba por centavos esta literatura infantil que nos permitió además desarrollar la comprensión de la lectura, aunque en los colegios era condenada a la hoguera.



Libaniel Marulanda

(Calarcá) Escritor, autor y compositor. Sus libros publicados son: *La luna ladra en Marcelia*, *Al son que me canten cuento*, *Crónicas quindianas* y *Momentos memorables de militancia musical*. Sus cuentos están incluidos en diez trabajos colectivos; el último de ellos, *Nuevos cuentos colombianos* (antología de Elkin Obregón, 2009).



PALABRAS QUE SE CONVIERTEN EN HISTORIAS

Susana Henao

Tal vez acercarse a la literatura, a los libros y a la lectura sean experiencias distintas. Yo aprendí a leer en un periódico de anuncios que mi padre me ayudaba a descifrar. Resultó tan divertido que me encontré, antes de los cinco años, leyendo noticias sin comprender nada del contenido, pero disfrutando el dibujo de las letras, la forma de las palabras, la majestad de las frases. Luego fui al colegio y tuve los contenidos apropiados y así ocurrió un nuevo flechazo: historia sagrada, cuentos de hadas, enciclopedias juveniles, instrucciones, lecciones y demás textos para llenar esa especie de bestia hambrienta que es nuestra mente antes del uso de razón. Creo que por muchos años eso fue todo. Visitas a la biblioteca del colegio, espera de las horas de lectura, lecturas en casa, bellos libros

coloreados, periódicos, misales, libros de oraciones que parecían tesoros rescatados del mar. Los libros de entonces tenían un aura misteriosa. Una robustez, un preciosismo, una dimensión de tiempo detenido que los hacía tan mágicos como las piedras imantadas a las que uno no se podía resistir.

Una vez sobrepasada la primaria, comencé a leer autores que me dieran un aire mundano. Sospechaba que al leer autores importantes yo atrapaba algo de ese lustre como si el libro fuera una especie de vaso alquímico y leí a Dostovieski, Tolstoi, León Uris, Walter Scott, Rómulo Gallegos, Jorge Isaacs, y al escondido de mi propio yo, también me entretuve en Corín Tellado y cientos de comics. Leí tantos autores, con tanta prisa, con tanta avidez que estoy segura ahora que no eran lecturas propiamente literarias. Es una sensación que me sobreviene de vez en cuando, como si algo hubiese faltado entonces, como si algo se hubiese escapado. No era capaz de notar cómo esas series de palabras se convertían en historias. Tuve que intentar escribir algunos

poemas, algunos cuentos que resultaron ser y parecer exposiciones contaminadas de tan falsa erudición, moralizantes, como si no tratara con historias sino con sermones o lecciones de anatomía.

No sé cómo, pero entre tanta búsqueda llegó a mis manos un libro que hablaba de América latina y su literatura. Escuché las voces de grandes autores. Las voces de Rulfo, Vargas Llosa, Cabrera Infante, Severo Sarduy, Mario Benedetti. Ellos hablaban sobre el oficio de escribir. Y hoy no estoy segura sobre si eran ellos o no, pero lo cierto es que entendí que la literatura es más, mucho más que lo que parece ser. Eran la clase de reflexiones que señalan el qué de los textos es un aspecto literario. Lenguajes opacos que saltaron a mi mente ya conformados como voces que conocía, pero que no podía entresacar del conjunto de las voces que resonaban en mi mente. Luego las estructuras, las cajas chinas, los intertextos, las ambigüedades ahora deseables, las polifonías. Y entonces una chispa se encendió. ¿Orden? ¿Claridad? ¿Corrección gramatical? ¿Las cosas al

derecho: rectas, bondadosas, eufemismos para lo malo que se quisiera mencionar? ¿Totalidad? ¿No se trataba de eso? Santo cielo, me dije porque todavía era una buena creyente. ¡Santo cielo! Cuánta equivocación.

Fue el comienzo de mi verdadera relación con la literatura y entonces leí con nuevos ojos. Más maliciosos, buscando qué mirar y qué no mirar. Ojos entrenados que veían brillar nuevas palabras, historias bien contadas. No tanto grandes historias, sino más bien pequeñas historias bien contadas. Y Luego vino Piglia. El Piglia que muestra que toda historia son dos historias; y con otras femeninas palabras, Vivian Gornick recalcó esa misma manera de existir las historias literarias, en juego doble, porque la literatura y la vida de los seres humanos se parecen a un combate, o a un diálogo según Bajtín. Reconocí el poder de la ironía, la eficacia de las figuras literarias al servicio de las intenciones de un autor.

Hoy regreso al vigor de los proverbios, al misterio de las Kenningar, a la familiaridad

de los procedimientos orales que me asaltan desde escrituras jóvenes. Todavía me avergüenzo y me angustio ante libros escritos por compatriotas, ante sus premios que me embelesan y me sorprenden, ante autores más lejanos en el espacio-tiempo que me hacen preguntar por qué carajos no fui yo la que escribió estas frases. Y espero que hasta el fin de mis días la literatura pueda despertar en mí tanta emoción.



Susana Henao

(Quimbaya) Narradora, ensayista y pedagoga. Autora de los libros *Antesala del paraíso y otros cuentos*, *Crónicas de Temis*; *Los hijos del agua*, *Memorias de un niño que no creció*, *Crónica satánica* y *Procedimientos compulsivos*.



DE LA ALEGRÍA DE LEER

Elkin Restrepo

Hubo un tiempo en que, lector ingenuo, devoraba un libro tras otro y no demoraba en comenzar de nuevo. Me perdía en el placer de la intriga o en la pintura de los personajes y paisajes y no importaba la forma, apenas atendía a la calidad de la escritura.

Con mantener el interés era suficiente. De ahí que cualquier libro, folleto, revista o cómic me daba igual, pues lo importante era lo que la lectura me ofrecía: alegría y levitación.

Y era que, mientras pasaba una página tras otra, la cotidianidad, la más cercana, la mía, se suspendía, abriéndose a otra más imaginativa y llena de sentido, permitiéndome además, dado el poder de su magia, ser otro (u otros) y convertir la existencia en una continua aventura.

En una palabra, vivir la vida que se espera vivir cuando se tiene diez años y uno aprovecha todo lo que le cae en las manos, desde un trozo de periódico, un folletín o una novelita cualquiera hasta un clásico como *Lo que el viento se llevó*, mi primer gran libro que, sin tener noticia de su valor, atraído por el nombre, elegí del anaquel de una biblioteca pública.

Sólo que quien crece con los libros, pierde también la inocencia y de “lector hembra” o “lector ingenuo”, como lo clasifican algunos, pronto se suma y desprende una labor aún más compleja: la del CONOCIMIENTO.

A partir de ahí, no digamos que cesa toda complicidad con el texto, sino que además del goce, éste nos prepara y pone en diálogo con lo que del espíritu humano merece tenerse en cuenta. Sin el libro otro sería el orden de las cosas, otro el significado de la vida y de la historia. Otro ese curioso experimento de la naturaleza que se llama HOMBRE: el embutido de ángel y demonio como lo llama Nicanor Parra.

Después, más tarde, cuando ya pensamos por nosotros mismos, nos permitimos libertades que nos advierten hasta dónde, para no caer en mixtificaciones, la relación con el libro tiene que ser viva y ajena a servidumbres negativas y dónde ya no nos es indiferente la forma como éste está escrito, cuáles además los merecimientos de su escritura.

Ahí cada uno elabora condiciones y circunstancias, su personal decálogo, producto de su experiencias pasadas.

En mi caso, lector infatigable como soy, sigo lo que la necesidad me dicta pero radicalizando mis gustos y caprichos, de suerte que un ejemplar lo puedo iniciar por la última página, la del medio o dejarlo comenzado, mientras salto a otro y a otro más, así no tengan afinidad el uno con el otro y, lo mejor, sin tener que dar cuenta de ellos o de mi lecturas.

Leo para mi solaz, para enriquecer o contradecir lo que sé y para eso no necesito un libro entero, basta una página, un párrafo,

de pronto unas líneas que activen mi mente e imaginación. Mi gusto y asombro por la existencia entera.

Por lo demás en esta época en la que menos hay es tiempo, descreo de los libros llenos de páginas, a sabiendas, claro, de que el universo entero cabe en una nuez, como decía Shakespeare.



Elkin Restrepo

(Medellín) Poeta, narrador, dibujante, grabador, escultor, editor y profesor universitario. Ha publicado en poesía *La visita que no pasó del jardín*, *Sueños*, entre otros. En cuento *La orfandad de Telémaco*, *A un día del amor: relatos breves*.

UNO DE GÜNTER GRASS

Daniel Ferreira

La literatura empieza por el descubrimiento de un gran libro. Ese libro fundamental fue para mí *El tambor de hojalata* de Günter Grass. Otro lo descubrió por mí, como es lo usual en cada capítulo de las amistades literarias: alguien te dice “mira, existe esto”, y te descubre a continuación la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero. Mi amigo lo descubrió en el cine. Vio la película de Schlöndorff y descubrió en los créditos que había una novela con el mismo título firmada por Grass. Fuimos a la ciudad y compramos el libro entre los dos. Cada uno pagó la mitad. Luego jugamos Piedra, papel o tijera para saber a quién le tocaba leerlo primero. Yo perdí. Él lo leyó y luego cometió el error de prestar el libro a su novia. Ella lo cedió a su vez a otras personas y así hasta que se perdió

el rastro y duró perdido algunos meses. Con mi amigo, mientras tanto, nos veíamos todos los días a la hora del café que era casi cualquiera del día. Todos los días yo le preguntaba por el libro y él me eludía. “Quiero leerlo”. Él se hacía el tonto y me traía otros libros para tratar de desviar la conversación. “Yo quiero leer ese”. Aún no sabía yo que de la mano de los libros aparecen experiencias fundamentales, se aproxima la amistad, el amor florece, la vida cobra sentido y aceptamos que somos finitos. Mi amigo me llevaba una década de lecturas. Cuando le regalé para su cumpleaños 31 *El manual de experimentos para psíquicos*, él me regaló *Las Palabras* de Sartre. Cuando le compartí *Donde el corazón te lleve*, él me derribó con *La peste*. Cuando le presté *El código Davinci*, él me suavizó con *Santuario* de Faulkner. Pasaron los meses y las evasivas, pero el libro no apareció. “Yo no le vuelvo a hablar, hasta que usted no me pase el libro que compramos”. “El libro se perdió”. “¿Cómo?”. “Se lo presté a alguien y ya no recuerdo a quién”. Desde entonces vivía apenado conmigo. Fue por las

casas de todos los amigos en común allanándoles las bibliotecas. Nadie daba cuenta. Dejé de hablarle. Aún no sabía que una novela es tensión, que una novela interrumpe la acción o la posterga y dosifica la información para crear efectos, aún no sabía que el protagonista puede tener varias distancias, objetivas, subjetivas, introspectivas en un relato, aún no sabía que un libro sobre una familia podía contener todo el contexto político de una época, toda la lucha por la vida, toda la épica de los oprimidos, toda la lucha de clases, aún no sabía que la literatura era una apropiación simbólica de la realidad y una tergiversación histórica más real que la verdad. Un día mi amigo se apareció con el libro en la mano. “Las cosas llegan cuando tienen que llegar”, me dijo. “Eso es mentira”, le dije: “si uno no las busca, las cosas nunca llegan”. Devoré el libro en una semana. Me perdí en sus leitmotivs. En el ombligo efervescente de María Truzinski. En las piernas de los modelos del pintor Klee, en el juego patético y metafórico del Bodegón de las cebollas donde

se reunían a llorar aquellos colaboradores nazis de lacrimales secos. El hecho de que se hubiese perdido por meses, al final provocó que me convirtiera en mejor lector, porque el comentario de la misma obra con otros amigos que lo habían leído ayudó a aumentar el sentido de la obra y el de mi lectura, a fijarme en otros aspectos y de paso a convertirme en mejor escritor (pero eso es otra historia). Uno tiende a imitar aquello que le gusta mucho. Y si lo que le cautiva es la gran literatura, acabará por intentar hacerla. Devolví el libro y me fui del pueblo. Todo esto ocurrió en un pueblo donde no había librerías y no había acceso a internet. Lo menciono, porque ya casi nadie se acuerda de un mundo sin internet cuando los libros había que ir a cazarlos como tigres dientes de sable. Pasaron años y mi amigo murió y yo opté por ser escritor. Entre las cosas que me legó mi amigo y que dan la idea de lo que él era y fue su vida, está ese libro. Su esposa me lo hizo llegar a través de otro amigo. Con ese libro y ese amigo aprendí a reconocer la gran literatura. No es una experiencia única. El

milagro ocurrió de nuevo cuando me descubrieron *Lo bello y lo triste* de Kawabata. Me había ocurrido antes, cuando descubrí la poesía de Cesar Vallejo y otra vez cuando leí en un cuarto gélido de Bogotá *La montaña del alma* de Gao Xigian.



Daniel Ferreira

(San Vicente de Chucurí) Escritor y bloguero. Ha publicado los libros *La balada de los bandoleros baladíes*, *Viaje al interior de una gota de sangre* y *Rebelión de los oficios inútiles*.



MAPA DE RUTA

Gabriela Alemán

Sobre las alegrías de la lectura

Acabo de regresar de la región más austral en la que he puesto pie. Donde se acaba el continente americano y archipiélagos de hielo se desperdigan alrededor del fin del mundo. Un lugar extraño. Hace unos años la BBC fue a la selva valdiviana para filmar un documental sobre la Tierra en el período Cuaternario, el último de los períodos geológicos; lo hizo porque en la Región de Los Ríos en Chile aún sobreviven especies de ese entonces. Caminé por bosques de olivillos de más de veinte metros, al filo de un mar picado, con una brisa que cruzaba como serpentinas por hojas blancas y puntiagudas cubiertas por escamas. Me senté frente a un acantilado y vi la selva tornasol cambiar al atardecer. A lo lejos vi nutrias de mar y me sobrevoló un jote de cabeza colorada. Y sé que

lo que recuerdo de ese viaje no es lo que viví porque está el viento y la luz atravesando el bosque tupido y las caminatas y el viaje en bus pero lo que más recuerdo son los poemas de Olga Orozco. Hace unos años compré su *Poesía completa*, la guardé en un estante del librero y la olvidé. Antes de cerrar la maleta, recordé el libro y lo coloqué sobre la ropa. Fue lo mejor del viaje. Esa poesía telúrica y errante, que busca darle cuerpo a lo inasible, no solo sirvió de oráculo sino de guía. Fue mejor que el mapa que nunca conseguí para entender lo que vivía.

La primera vez que abrí el libro al azar fue en las afueras de Valdivia, en el restaurante de la Cervecería Kunstmann. Esperaba una Torobayo, la cerveza estrella de la casa, con aroma a naranjas y duraznos y leve amargor, cayó en la página 311, “Para un balance”: Puse a prueba mil veces mi cabeza / forzándola hasta el cuello en las juntas donde se acaba el universo / o echándola a rodar hasta el vértigo azul por el interminable baldío de los cielos. / Impensables los límites; impensable también la ilimitada inmensidad. / Mi cabeza era entonces un naufragio dentro de la

burbuja de la fiebre, / un trofeo de Dios sobre la empalizada del destierro, / un hirviente Arcimboldo en la pica erigida entre mis propios huesos; / y sin embargo urdía pasadizos secretos hacia las torres de la salvación. / La volví del revés, la puse a evaporar al sol de la inclemencia, / hasta que se fundió en la menuda sal de la memoria que es apenas la borra del olvido. / Pero cada región en blanco era un oleaje más hacia las tierras prometidas. / La arranqué de la luz solo para sumirla en extravío en las trampas del tiempo, / solo para probarle las formas de la noche y el pensamiento de la disolución/como un ácido ambiguo que preservara intacta la agonía. / Ha triunfado otra vez contra hierros y piedras, derrumbes y vacíos. / ¿Y acaso no he probado, / bajo ruedas y ruedas de visiones en llamas que avasallan sin tregua / mi lugar, / que aun con el infierno se acrecen los dominios de esta exigua cabeza?(...)

A medio viaje de regreso de Curiñanco tocó en suerte “Pequeños visitantes”, en la página 403: Sé que hay algún avaro lugar donde se guardan pedazos del paisaje, /

escenas incompletas como cualquier escena de este mundo, / poblaciones y gentes aferradas a un solo atardecer, / a una sola tormenta. / Se dirían imágenes arrebatadas al pasar por un golpe de viento, / retazos del pasado recogidos como por un rastrillo para el último día, / quizás como testigos, quizás como una prueba destinada a la hoguera final. / Ese sitio imantado deja escapar a veces sus mezquinos tesoros, / quién sabe por qué grieta, por qué secreto acierto del azar, / y viene hacia mí, que apenas reconozco esas apariciones / en las que ya no soy y los otros si están han perdido la sombra / y el color. (...)

Esos días, con el tiempo, caerán por alguna grieta y cuando los recuerde no serán otra cosa que el viaje en el que descubrí un mapa de ruta trazado por Olga Orozco.



Gabriela Alemán

(Ecuador) Escritora y editora de Fakir Ediciones. Ha publicado los libros de cuentos *La muerte silba un blues*, *Albúm de familia* y novelas como *Bodytime* y *Poso Wells*.

Este libro se imprimió en los talleres de Real Editores de Armenia, Quindío, en noviembre de 2016, 88 años y un mes después de que la editorial inglesa Hogarth Press publicara *Orlando*, esa hermosa carta al amor que Virginia Woolf dedicó a la bella y mística Vita Sackville Wets.